

# El mapa y el periplo

Cartografía antigua y espacio hodológico

MONOGRAFÍAS DE GAHIA

10

*Comité editorial*

Directores:

José María Candau Morón y Francisco Javier Gómez Espelosín

Secretario:

Antonio Luis Chávez Reino y Encarnación Castro-Páez

Consejo de Redacción:

Jaime Alvar Ezquerro, José María Candau Morón, Virgilio Costa,  
Gonzalo Cruz Andreotti, Antonio Luis Chávez Reino, Francisco  
Javier Gómez Espelosín, Francisco J. González Ponce,  
Arthur François Haushalter, Pierre Moret, Roberto Nicolai

Comité asesor:

Pascal Arnaud, Cinzia Bearzot, Stefano Belfiore,  
Serena Bianchetti, Veronica Bucciantini, María Pilar Ciprés Torres,  
Patrick Counillon, Jehan Desanges †, Adolfo Domínguez Monedero,  
Daniela Dueck, Luis Agustín García Moreno,  
Marco Virgilio García Quintela, Hans Joachim Gehrke,  
Klaus Geus, Pietro Janni, Eugenio Lanzillotta, Didier Marcotte,  
Eckart Olshausen, Gabriella Ottone, Irene Pajón Leyra,  
Francesco Prontera, Richard Talbert, Giusto Traina

PIETRO JANNI

# El mapa y el periplo

## Cartografía antigua y espacio hodológico

 Universidad  
de Alcalá  
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

 **eus** EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Alcalá de Henares 2023



CONSEJO ASESOR EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

María Sarabia Alegría  
(Vicerrectora de Relaciones Institucionales  
y Coordinación)  
Pedro Sánchez-Prieto Borja  
(Director de la Editorial Universidad de Alcalá )  
Francisco J. de la Mata de la Mata  
(Vicerrector de Investigación y Transferencia)  
Ana Cestero Mancera  
Fernando Díaz Vales  
Pedro de la Villa Polo  
Juana Rodríguez Bullido  
León Atilano González Sotos  
Pilar Chías Navarro  
Julia Barella Vigal  
Antonio Manuel Moral Roncal  
Carmen Bartolomé Esteban  
Manuel Pascual Hernández Cutuli  
Elena Martínez Ruiz

COMITÉ EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Araceli López Serena  
(Directora de la Editorial Universidad de Sevilla)  
Elena Leal Abad  
(Subdirectora)  
Concepción Barrero Rodríguez  
Rafael Fernández Chacón  
María Gracia García Martín  
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado  
Manuel Padilla Cruz  
Marta Palenque  
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda  
Marina Ramos Serrano  
José-Leonardo Ruiz Sánchez  
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistemas de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Alcalá y la Editorial Universidad de Sevilla.

El presente libro ha contado con la financiación del Proyecto: *Geografía y etnografía antiguas de la península ibérica de Eratóstenes a Ptolomeo: describir el espacio y dibujar el mapa* (PID2020-117119GB-C21).

Motivo de cubierta: Underground Railways of London. Diseño de E. G. Perman, 1927. Publicada en: *What to See and How to Travel*, Waterlow & Sons Limited, London, 1928. Colección David Rumsey Map Collection, David Rumsey Map Center, Stanford Libraries. Libre de derechos.

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ALCALÁ 2023  
Pza. San Diego, s/n - 28801 Alcalá de Henares (Madrid)  
Tlfs.: +34 91 885 40 66/+34 91 885 41 06  
Correo electrónico: [serv.publicaciones@uah.es](mailto:serv.publicaciones@uah.es)  
Web: <https://publicaciones.uah.es>

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2023  
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla  
Tlfs.: +34 954 48 74 47/+34 954 48 74 52; Fax: +34 954 48 74 43  
Correo electrónico: [info-eus@us.es](mailto:info-eus@us.es)  
Web: <https://editorial.us.es>

© PIETRO JANNI 2023

© GONZALO CRUZ ANDREOTTI, de la traducción 2023

Impreso en papel ecológico  
Impreso en España - Printed in Spain

ISBN Editorial Universidad de Alcalá: 978-84-19745-20-0  
ISBN Editorial Universidad de Sevilla: 978-84-472-2525-5  
Depósito Legal: M-30822-2023  
Diseño de cubierta: Antonio L. Chávez Reino  
Maquetación: Paloma Murciano Herrera  
Imprime: Podiprint

## PREÁMBULO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Quien presenta al público la traducción de un libro que ya va por cuarenta años de existencia, debe decir algunas palabras que lo justifiquen. Los amigos españoles de la colección GAHIA que han tenido la iniciativa, han creído constatar que este libro se coloca, al menos en un cierto punto, en los inicios de una línea de estudio sobre la geografía antigua que parece que ha sido fructífera y que continúa dando sus frutos. El autor, siendo consciente de sus propios límites y de la grandísima deuda contraída con los autores que le precedieron, sólo reivindica un mérito: el haber aplicado a los estudios sobre la geografía antigua los resultados de ciertas áreas de la psicología moderna, que, hasta entonces, sólo habían tenido contactos limitados y ocasionales con la geografía antigua o moderna. Se trata de ensayos elaborados por insignes psicólogos acerca del desarrollo evolutivo y cultural del hombre en su manera de percibir, entender y dominar el espacio. Trabajos que se valían de las observaciones realizadas tanto sobre el individuo como sobre la sociedad; sobre el niño que va creciendo (y aquí mencionamos únicamente el nombre de Jean Piaget) o sobre la cultura antigua en su evolución. Si en este libro hay algo de original sólo es esto: haber adoptado este campo de la psicología y haberlo insertado en el terreno de una larga familiaridad con los textos antiguos. Incluso la terminología prohijada no es original. El adjetivo *hodológico* ya era conocido desde hacía un siglo bajo la expresión de *hodologisch* del psicólogo alemán Kurt Lewin. Lo usaba para hablar de una particular forma de percibir y vivir el espacio marcada por la experiencia, ya que aún no estaba organizado desde una perspectiva más global, según un sistema de coordenadas aceptado por todos. La novedad radica en que el uso del término se ha convertido en casi obligatorio cuando se habla de geografía antigua, y el mismo concepto de “espacio hodológico” (todo el merecimiento es de Lewin) ha evidenciado ser muy fecundo.

Esta línea la han continuado mentes de gran agudeza y claridad, que han practicado un nuevo modo de analizar la geografía antigua: si antes significaba, sobre todo, individualizar y localizar los antiguos topónimos, ahora se la estudia “desde dentro”, desde el punto de vista de la mente humana y de su comportamiento. Por citar un par de nombres, sólo como ejemplo y sin quitarle mérito

a otros colegas que serían igualmente dignos de mención, está la propuesta de Kai BRODERSEN<sup>1</sup> que distingue tres modos de concebir la articulación del espacio: por *landmarks*, por *routes* (*¡hodói!*) y por *surveys*, llegando así a una definición más precisa de lo que es cartografía. También Klaus GEUS<sup>2</sup> ha introducido el concepto de *common sense geography* como etapa necesaria en la evolución de la mente humana a propósito de su relación con el espacio geográfico. En ambos casos se trata, como es fácil de imaginar, de investigaciones sobre el progreso de la mente y de su evolución, desde el estadio de la observación más inmediata de elementos puntuales, a la visión que abarca y organiza un espacio más amplio, es decir, el terreno en el que puede nacer la cartografía, entendida en el sentido más preciso de la palabra.

En definitiva, el autor de estas páginas puede reivindicar (después de cuarenta años, ¡el tiempo de una generación!) al menos una cierta validez de la idea que le inspiró entonces, y que ha sido retomada por quienes han continuado por ese camino, con mayor profundidad y sutileza.

Sólo me queda concluir expresando mi agradecimiento a Gonzalo Cruz Andreotti, que ha realizado la traducción con minuciosidad y competencia.

**Pietro Janni**

<sup>1</sup> 1995.

<sup>2</sup> GEUS – THIERING 2014.

## NOTA DEL TRADUCTOR

La obra que traducimos al español significó en su día un verdadero revulsivo para todos aquellos que nos acercábamos a la geografía antigua. Y lo sigue siendo porque fue tal el cambio de paradigma que produjo, que gran parte de sus postulados teóricos y los análisis textuales siguen estando vigentes para todos los que quieran iniciarse en el estudio de la concepción del espacio de griegos y romanos, en general, y de la cartografía, en particular: esta obra de Pietro Janni fue y sigue siendo, sin duda, el punto de partida, y ello por sí solo justifica la traducción al español después de tantos años<sup>1</sup>. Si todavía no se ha hecho es posiblemente porque la historia de la geografía antigua no ha sido una disciplina que haya gozado en España de una larga y consolidada tradición historiográfica. Afortunadamente, esta tendencia ha cambiado en los últimos años, y la existencia de la Asociación GAHIA (*Geography and Historiography in Antiquity*) tiene mucho que ver al respecto, como también el impulso financiero a estas temáticas por parte del Ministerio de Ciencia e Innovación en sus convocatorias de Proyectos de I+D.

No es una historia de la cartografía antigua, pero para seguir el texto conviene valerse de la compañía de un atlas histórico y de uno contemporáneo. Incluirlos en la edición es imposible: harían falta muchos mapas para incorporar la cantidad de topónimos, hidrónimos, etc., que cita, antiguos y modernos. El *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, 2000, editado por R.J.A Talbert, es extremadamente útil. En el enlace del *Ancient World Mapping Center* (<http://awmc.unc.edu/wordpress/free-maps/>), además de ofrecer instructivos y completos mapas basados en la edición de Talbert, se pueden encontrar útiles *links*, en particular el buscador *Pleiades* (<https://pleiades.stoa.org/>). Casi todos, si no todos, los "mapas antiguos" citados y manejados en el texto se pueden encontrar en J.B. Harley – D. Woodward (eds.),

<sup>1</sup> Toda la bibliografía del autor (hasta la fecha) en: F.J. González Ponce, F.J. Gómez Espelósín y A. Luis Chávez Reino (eds.), *La letra y la carta. Descripción verbal y representación gráfica en los diseños terrestres grecolatinos. Estudios en honor de Pietro Janni* (Monografías de GAHIA 1), Sevilla-Alcalá, 2016, pp. xi-x.xxiii.

*The History of Cartography. I.: Cartography in Prehistoric, Ancient, Medieval Europe and the Mediterranean*, Chicago & London: Univ. Chicago Pr., 1987 (accesible online: [https://press.uchicago.edu/books/HOC/HOC\\_V1/Volume1.html](https://press.uchicago.edu/books/HOC/HOC_V1/Volume1.html), junto con todos los volúmenes).

Indiscutiblemente, traducir es traicionar. Nadie lo duda. Hemos procurado respetar el estilo de autor. Breve, y a menudo incisivo y agudo, con un punto de irónico, nos va llevando por un camino que no es nunca lineal (*hodológico*, si vale el símil) a partir de un dominio absoluto de la literatura clásica, hasta hacernos llegar a las certezas posibles, sin dejar de plantear las dudas irresolubles con los datos en la mano. Si hemos podido alejarnos en algún momento de su particular estilo, ha sido por las exigencias del español. En todo caso, los errores de comprensión que puedan existir son únicamente atribuibles a la impericia de quien firma esta nota.

Hemos seguido escrupulosamente las normas de composición y de cita de la Colección GAHIA, en particular las referencias a las fuentes clásicas y la bibliografía e índices. Las transcripciones del griego, en cambio, son de la obra original, como también hemos respetado de ésta las citas textuales de autores contemporáneos, así como las traducciones de los textos antiguos, excepto en algún caso que hemos acudido a versiones castellanas.

Finalmente, mi agradecimiento en primer lugar al autor, que acogió mi iniciativa con ilusión y se ha preocupado con esmero de la traducción, corrigiéndome ante los inevitables “falsos amigos” y aclarándome muchas cosas en los momentos de duda. También a la editora italiana Giorgio Bretschneider, que no ha puesto ninguna exigencia, sino todo lo contrario. Por supuesto, al Consejo Editorial de la Colección GAHIA y a las editoriales de las universidades de Sevilla y Alcalá, que han aceptado su publicación. A Paloma Murciano, como siempre por su esmerada maquetación. Y, para terminar, a Encarnación Castro Páez y a Antonio Chávez que generosamente han tenido a bien darle una lectura final.

**Gonzalo Cruz Andreotti**

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende colocarse en el punto donde convergen diversas líneas de investigación, algunas conocidas y que han dado su fruto desde hace tiempo; otras recientes y novedosas. Pero todas desarrolladas de manera fructífera (o, al menos, así se lo pareció al autor) a un objeto de estudio que hasta ahora no se le había sacado demasiado provecho: la geografía y, más particularmente, la cartografía antigua.

Se trata, antes que nada, de los estudios sobre el hombre y el espacio a distinta escala, más topográfica, regional y urbana que propiamente geográfica. Análisis en boga en la América de los años 60 y que han tenido una particular resonancia a este lado del Atlántico en Francia y, secundariamente, en Inglaterra. Su base es doble. Por un lado, se indaga sobre los hechos puramente perceptivos, a nivel individual, con los métodos de la psicología: cómo la mente humana se orienta y cómo construye y retiene la imagen del medio circundante. Por otro, se profundiza en la respuesta al ambiente, en un espacio que no se entiende únicamente en su sentido físico, sino también social: aquel donde se vive y se trabaja, o el que se siente como el más deseable, etc. No obstante, ya en los inicios del siglo XX, se pueden citar importantes contribuciones tanto en Francia como en los Estados Unidos. Así, en 1913 tenemos el artículo de C.C. TROWBRIDGE sobre los sistemas de orientación y el mapa imaginario, todavía muy consultado y citado hoy en día. Un trabajo en cierta medida sorprendente si atendemos a su brevedad y a su carácter de ensayo experimental e inmaduro. También, y después de un largo paréntesis, sobresalen de manera aislada ensayos como los de P. JACCARD de 1932 sobre el “sentido de dirección y orientación”. De todas maneras, y como se ha dicho, estos temas salieron a la luz con mucha fuerza en la América de los años 60, precisamente al calor del interés por los problemas de la sociedad americana en el marco espacial, regional o urbano.

Entre los que iniciaron este camino fecundo ocupa un puesto de honor K. LYNCH y su libro de 1960 “sobre la imagen de la ciudad”. Para muchos investigadores significó la primera vez que se pusieron en primer plano los aspectos sociológicos de la relación del hombre con el medio. Dicho estudio encontró un

terreno propicio en Francia dado que se le añadían componentes de crítica social militante<sup>1</sup>.

Asimismo, se vuelve con una nueva mirada a los resultados de las investigaciones de Jean PIAGET y de sus colaboradores sobre las formas de representación espacial en los primeros años de la vida, que toman cuerpo definitivo a finales de 1948. Por señalar algunos autores que recurren a esta línea de investigación, aunque con nuevas aportaciones, cabe señalar el amplio estudio de HART y MOORE (1973), la contribución de P. CLAVAL de 1974 en la revista *L'Espace géographique*, los volúmenes colectivos de LOWENTHAL (1967), DOWNS y STEA (1973), ITTELSON, PROSHANSKY, RIVLIN y WINKEL (1974), MOORE y GOLLEDGE (1976), el artículo de DOWNS de 1970 o el libro de DOWNS y STEA sobre el "mapa mental" (1977), así como la amplísima introducción de J.R. GOLD a la "geografía del comportamiento" de 1980. Una bibliografía más concreta la encontramos en BIANCHI y PERUSSIA (1980), como complemento al coloquio internacional sobre "investigación geográfica y percepción del ambiente" que tuvo lugar en Milán en 1979.

Contemporáneamente al interés por estos temas, lo que no es en absoluto casual, algunos autores iniciaron una vía de investigación relativa a la comprensión más profunda del significado de la actividad cartográfica y todo lo que ello representa en la evolución de la mente humana, con las consecuentes implicaciones filosóficas. La idea misma de que el espacio geográfico en el que vivimos se pueda representar de tal manera que permita la comunicación precisa de su propiedad topológica y métrica, de tal forma que dicha representación pueda servir de guía de nuestra actuación, no ha estado siempre presente en la mente humana, ni siquiera desde hace mucho tiempo. Quienes se preguntaban cómo ha surgido y se ha realizado, se han dado cuenta de que el camino ha sido más largo y complicado de lo que cabría imaginar y, en consecuencia, más grande era el interés de la investigación. Una idea bastante precisa de estas líneas de investigación la encontramos, por ejemplo, en el libro de A.H. ROBINSON y B.B. PETCHENIK sobre *The Nature of Maps* de 1976, o en algunas de las contribuciones recogidas en el volumen colectivo *Cartes et figures de la Terre*, editado en 1980 por el centro G. Pompidou de París.

En este marco, han adquirido una renovada actualidad aquellos autores que hace decenios y en distintos climas intelectuales se preocuparon del problema

<sup>1</sup> Citemos especialmente el artículo de A. FRÉMONT de 1974. Es una relación, limitada a Francia, de los estudios sobre un conjunto de temas más o menos conectados: espacio vital, social o de vida; imagen regional; geografía de la percepción y del comportamiento; fenomenología del espacio, etc.

del mapa como expresión formal y como manifestación del *estilo* de una época. Así, cada modo de ver el espacio debe ponerse en relación con las manifestaciones artísticas. Por ejemplo, es fácil imaginar que la conquista de la perspectiva moderna en el dibujo pueda relacionarse no por casualidad con el surgimiento de una visión cartográfica más madura. No es sorprendente (para aquellos que conocen ciertos intereses de la cultura alemana) que como representantes de este tipo de investigación nos vengan a la mente dos estudiosos de esta nacionalidad: D. FREY (1929) y E. PLEWE (1940). Frey tiene el mérito de haber observado el problema, aunque sea perfectamente legítimo llegar a conclusiones muy diferentes a las suyas.

Ya hemos señalado cómo todo este trabajo de reflexión e investigación ha tenido muy poco en cuenta la geografía griega y romana, que podría haber aportado ejemplos valiosísimos e iluminadores. Y, al contrario, los estudiosos de la geografía antigua acuden sólo esporádicamente y demasiado tarde a ciertos resultados de otros campos de conocimiento. Los frutos para nuestra comprensión de la geografía antigua, de ciertos caracteres y límites, son relativamente modestos. No obstante, debemos mencionar algunas excepciones y ejemplos aislados en este panorama, en general sombrío. Ya GÜNGERICH en 1950 y, sobre todo, VON FRITZ en 1967 señalaron la oposición entre la manera “de periplo” de observar el espacio geográfico, en tanto que itinerario y unidimensional, y otra “cartográfica”, que nos lleva a su visualización y su representación sobre una superficie. Otro ejemplo de encuentro entre la historia de la geografía antigua y las reflexiones más avanzadas lo tenemos en el artículo de P. RICHARDS acerca del “pensamiento geográfico griego” de 1973 y el de F. LUKERMANN sobre el concepto de localización en la geografía griega de 1961. Entre las contribuciones francesas debemos recordar el ensayo de M. RIMBAUD acerca del “espacio en la historia de César” (1974), muy útil y con un planteamiento muy cercano al nuestro, así como el número de 1981 de la revista *Pallas* de Toulouse, dedicado al “Espacio en la Antigüedad clásica”. Relacionado indirectamente con esta línea, pero participando de estos intereses comunes que están en el ambiente, tenemos estudios que se acercan a la confluencia entre las concepciones del espacio y el desarrollo político y social de la Antigüedad, en particular expresado repetidamente en los trabajos de Pierre LEVÊQUE, Pierre VIDAL-NAQUET (1964) y Jean-Paul VERNANT (en varios ensayos entre 1962 y 1969)<sup>2</sup>. En este contexto hay que citar también a Henri LEFEBVRE (1974), que afecta,

<sup>2</sup> Según VERNANT (1969, pp. 207 ss.) el surgir de la cartografía significa la aparición de un nuevo sentido del espacio, que a su vez está ligado a avances importantes en el desarrollo intelectual. La creación de las tritías territoriales del Ática por parte de Clístenes demuestra una

sobre todo, al mundo contemporáneo, pero que nos conduce a los planteamientos de Vernant.

Un caso particular lo constituyen un grupo de estudiosos de la extinta Unión Soviética (F.N. ŠEMJAKIN y, sobre todo, A.B. PODOSINOV, entre otros), que tienen contribuciones de mucho interés vecinas a lo que proponemos nosotros tanto en temáticas como en planteamientos y que han trabajado en paralelo, aunque casi completamente aislados, a las investigaciones desarrolladas en occidente.

Finalmente, tenemos que citar dos nombres de especial relieve, tanto por lo mucho que le debemos como también para orientar al lector. Se trata de Kurt LEWIN, al que se debe el concepto de “espacio hodológico”, y de Ernst CASSIRER, cuya filosofía de las formas simbólicas constituye un instrumento conceptual muy agudo.

nueva percepción intelectual del espacio. En una dirección de investigación similar cabe destacar en Italia a MANGANI (1980), así como la reseña de BRUSA (1983).

**PRIMERA PARTE**

**LOS ANTIGUOS Y SU MAPA**



## 1. El mapa y la descripción verbal

*Gallia est omnis divisa in partes tres...* Estas palabras están grabadas entre los primeros recuerdos de nuestro latín. Mucho menos lo está la página siguiente, donde la claridad inicial se rompe (tras las anotaciones etnográficas) con la referencia a una multitud de sitios mal conectados, de los que somos incapaces de trazar cualquier imagen medianamente reconocible sin recurrir a la representación de Francia y de las regiones que la rodean o, mejor aún, yendo a los mapas que tenemos al final de nuestra edición o a un atlas histórico. ¿Cómo podemos imaginarnos un país que “comienza” (*initium capit*) en el Ródano (evidentemente al oeste visto desde Roma) y que “toca” (*atingit*) durante una parte del mismo al Rin, que está al este<sup>1</sup>? ¿Qué significa exactamente ese *vergit ad septentriones*? Y más abajo: ¿por qué dice que un pueblo o una región *specta(n)t* en una determinada dirección? ¿No diríamos nosotros mejor que “están” al norte o a sur de otro? En definitiva, si bien entender la *literalidad* del texto no nos llevó demasiado tiempo, nos dimos cuenta de la dificultad de entrar a fondo en el *espíritu* de esta página. En fin, la sintonía entre el autor y el lector no siempre es perfecta, y una voz de fondo nos repetía continuamente que aquello era una manera extraña de expresarse.

Quienes hayan avanzado en sus estudios sobre la Antigüedad clásica han tenido muchas ocasiones de tener la misma sensación, aunque son muy pocos los que se han preguntado por qué y lo han analizado.

Heródoto se extiende en extenso en explicarnos cómo es Escitia y cómo se disponen los pueblos que la habitan. Para conseguirlo, se ve obligado a violentas

<sup>1</sup> CAES., BG 1, 1. El verbo *vergere* es muy usado en el lenguaje geográfico latino. En las *Res Gestae* de Augusto (§ 27) se lee: *Provincias omnis, quae trans Hadrianum mare vergunt ad orientem...* διατείνουσι en el texto griego). También la descripción de la selva Hercinia en el BG (6, 25) ofrece ejemplos de este lenguaje: *oritur, pertinet, se flectit, adtingit*. Sobre *vergere* y *spectare* en César ver RAMBAUD 1974, p. 115.

esquematisaciones geométricas, o recurre a comparaciones con otros lugares que considera mejor conocidos por el lector. Los paralelismos no siempre son perfectos, y el mismo Heródoto se ve obligado a disculparse por la gran disparidad de escalas<sup>2</sup>.

Estrabón nos ofrece una explicación complicadísima para imaginarnos las posiciones respectivas de algunas regiones de Grecia central. Elabora idealmente un triángulo y traza una serie de rectas paralelas a su base. Al final considera que le ha podido ofrecer a su (exhausto) lector una “imagen a grandes líneas” (*ho [...] holoscherès [...] týpos*)<sup>3</sup>.

Cuando se lee a Amiano Marcelino encontramos la misma abundancia de palabras para evocar una imagen geográfica, e incluso con un curioso componente dinámico, que al lector le habría desconcertado en César y que no tenemos en Heródoto: un país descrito como que “se mueve” o que “va” en una dirección<sup>4</sup>. El Egeo descrito por Amiano Marcelino se ensancha y se contrae como un río a lo largo de su curso, y como éste, tiene una derecha y una izquierda. Va a batir (*inliditur*) contra Lesbos, de la que fluye de nuevo (*gurgitibus refluis*) para formar el Golfo de Melas. Después se estrecha (*gracilescens paulatim*) y confluye en el Ponto formando la figura de la letra *phi*. El Bósforo es descrito exactamente como un río que recorre desde la Propóntide al Ponto (si Amiano hubiese pensado en las corrientes debería haber dicho lo contrario): [...] *iamque mitescens in aequoream panditur faciem*<sup>5</sup>.

En suma, con el examen de textos del mismo tipo, y presentes en numerosas obras antiguas de geografía e historia, se confirma lo que estamos viendo: descripciones poco claras y enrevesadas, si lo vemos desde nuestro punto de vista, así como un uso sorprendente de verbos que indican dinamismo, movimiento, más frecuentes en los autores latinos que en los griegos<sup>6</sup>.

<sup>2</sup> HDT., IV 17-25. La descripción se hace a partir de sucesivas “bandas”, partiendo en cada una del litoral del Ponto. Pero no todo está tan claro. Otro ejemplo de su complejidad lo hallamos en la descripción de Asia, en HDT., IV 37-39. Comienza trazando una línea de base que va “de mar a mar”, es decir, del Caspio al Golfo Pérsico. De esta línea se proyectarían dos penínsulas hacia el oeste: una de ellas es la anatólica, y la otra –*grosso modo*– es la arábica, pero ¡Libia también forma parte de ella!

<sup>3</sup> STR., IX 3, 1 (C 416-417).

<sup>4</sup> Sobre los verbos “dinámicos” en la descripción geográfica ver BECKER 1900-1901. Una obra ésta que usa conceptos a veces rudimentarios, pero que recoge mucho material –fundamentalmente alemán, pero también de las lenguas clásicas–, y en la que no faltan observaciones agudas.

<sup>5</sup> AMM., XXII 8, 1-4. Las corrientes entre el Ponto y el Mediterráneo eran muy conocidas en la Antigüedad: ver PLB., IV 43, 3-10.

<sup>6</sup> La utilización de este lenguaje dinámico es particularmente evidente en un texto poético como el de Avieno, *orb. terr.* 25 ss.: [...] *at procul ambas* [Europa y África] / Una Asia *inclinans*

Dejando a un lado, por el momento, el segundo aspecto y fijándonos en el primero, surge inmediatamente la pregunta: ¿qué autor contemporáneo actuaría así? ¿No adjuntaría a su libro un mapa al que remitir al lector para seguir el discurso, con el consiguiente ahorro de tiempo y esfuerzo? Y, en consecuencia, la siguiente cuestión: ¿disponen los antiguos normalmente de mapas geográficos? ¿Qué uso le daban?

Aquellos que por primera vez se plantean estos problemas y acuden a las obras de los especialistas, se sorprenderán de las respuestas contradictorias que se encuentran y se desilusionarán por la incertidumbre e insuficiencia que transmiten. Este es uno de los casos –muy común en los estudios sobre la Antigüedad– donde la escasez de documentación permite afirmaciones en un sentido y en el contrario, al dictado de prejuicios o tendencias no suficientemente comprobadas o condicionadas por la polémica.

Los restos de cartografía antigua que han llegado hasta nosotros constituyen como se sabe un patrimonio muy escaso, incluso si lo vemos con ojos optimistas y tenemos en cuenta la más insignificante referencia o el testimonio más indirecto. Como documentos extensos e íntegros (o casi) se conservan únicamente la *Tabula Peutingeriana* y la *Geografía* de Ptolomeo, ambas problemáticas por razones bien distintas<sup>7</sup>. La primera ha sido redactada en pleno medievo, aunque existe un consenso general en el hecho de que responde a un original romano<sup>8</sup>. También

*geminis se cornibus urget / Desuper, ac rupti divortia continet orbis*. Este elemento está presente también cuando éste describe las Simplégades y su movimiento, no disponiendo de términos muy distintos de aquellos que se usan comúnmente para localidades “fijas”: *praetendere rupes* [...] *aperire sinum* (*orb. terr.* 265 ss.). El lenguaje dinámico es también muy frecuente en la *Perígesis* de Dionisio: *ἐπιπέχει* (para una protuberancia en la costa frigia: 809); *ἔρπει* (para Siria: 897 ss.). Para Pomponio Mela (I 2, 29-30) *Asia fit venienti obviam*; el Mediterráneo *submotas* [...] *vastius terras magno impetu inflectit* (I 27). Verbos de este tipo son particularmente abundantes en los capítulos geográficos de la obra de Orosio (I 2). Su descripción del Nilo (I 2, 29-30) muestra como su lenguaje es idéntico ya sea cuando habla de un río, de un país o de un continente: también este último tiene un principio y un fin, una orientación y una derecha y una izquierda. Véase JANVIER 1982, pp. 165 ss.

<sup>7</sup> Como reliquias secundarias habrá que recordar: el fragmento del mapa del Mar Negro en el escudo de Dura Europos (ver CUMONT 1925a, 1925b y 1926, pp. 323-327, fig. CIX y CX; THOMSON 1948, p. 377; UHDEM 1932); el mapa en el mosaico de la iglesia de Madaba, descubierto en 1896 y que en pocos años dio lugar a una vastísima bibliografía (un primer estudio en SCHULTEN 1900; ver AVI-YONAH 1954); el mapa de Sicilia y del Egeo en el ms. de Virgilio, *Vat. Lat.* 3225 (ver LEVI – LEVI 1967, pp. 42 ss., con bibliografía). Apenas se puede hablar de mapa para un paisaje estilizado sobre un vaso prehistórico, encontrado en Maikop en el valle del Kuban, y al que hace referencia ROSTOVITZEFF 1922, p. 25.

<sup>8</sup> Sobre las distintas dataciones propuestas ver MILLER 1916, p. XXXII. Es válido el argumento de PHILIPPI (1893) que considera que la forma alargada de la *Tabula* nos lleva al

hay acuerdo en el hecho de que la *Tabula* representa un caso particular en la cartografía antigua: constituye un instrumento práctico más que un documento destinado al conocimiento<sup>9</sup>, y sería difícilmente comparable a la cartografía como se entiende hoy en día. Desde siempre se ha señalado su carácter exclusivamente viario, lo que explica su forma singular y las enormes deformaciones de la representación de la tierra y de los mares<sup>10</sup>.

La *Geografía* de Ptolomeo se presenta con otro tipo de valor y autoridad, lo que nos permite un debate más rico y seguro. Las cuestiones espinosas son muchas. Podemos dejar a un lado algunas tesis demasiado escépticas, como aquellas que defienden las profundas transformaciones de la obra en época muy tardía, y, en consecuencia, cuánto se reduce su valor como documento útil para la cuestión cartográfica en la Antigüedad<sup>11</sup>. Pasamos por alto también la tan debatida cuestión de los mapas de Ptolomeo transmitidos por los códices: qué relación existe entre las diversas familias y si nos conducen finalmente a Ptolomeo o, al menos, a la Antigüedad<sup>12</sup>. En fin, cerremos los ojos ante el margen

formato antiguo; en el medioevo sería impensable tal deformación. Bibliografía en THOMSON 1948, p. 379.

<sup>9</sup> MILLER 1887-1888, pp. 2 ss., insiste en el carácter realmente “no cartográfico” de la *Tabula*. Tendría únicamente un sentido práctico. Su forma no nace de la deformación de un mapa preexistente, sino de la exigencia desde el principio de meterla en un rollo.

<sup>10</sup> Observaciones muy precisas sobre el carácter exclusivamente itinerario de la *Tabula* estaban ya en BUACHE 1804, y prácticamente nada nuevo se ha dicho desde entonces. De vez en cuando, alguno descubre con gran satisfacción paralelismos con particulares tipos de mapas modernos, como el de carreteras o de las redes ferroviarias. DELGEUR (1880, p. 142) la comparaba con el mapa del Rin en forma alargada que, como un acordeón, usaban los excursionistas, pero no con un mapa ferroviario. En todo caso, la comparación que más se le acerca es con los mapas del metro. Precisamente, ARNHEIM (1965, p. 123), hablando de todo menos de mapas antiguos, reproduce el mapa del metro de Londres, y hace observaciones que encajarían perfectamente con la *Tabula Peutingeriana*. Es un tipo de representación que toma sólo determinadas propiedades de los objetos: “This is achieved by renouncing all geographic detail except for the pertinent *topological* properties –that is, sequence of stops and interconnections” (la cursiva es nuestra). Un primer acercamiento a la enorme bibliografía acerca de la *Tabula* lo tenemos en LEVI – LEVI 1967. E. WEBER ha editado en Graz (1976) un facsímil de tamaño natural.

<sup>11</sup> La posición más crítica está representada por BAGROW (1945). Sus conclusiones, en un trabajo difícilmente accesible, merecen ser sintetizadas aquí. Según él la *Geografía* se basa sólo en parte en material auténticamente ptolemaico que, en sustancia, procede de un compilador bizantino de los siglos X u XI. Los mapas son más tardíos que el texto, y nos llevan a varios momentos, no más allá de Máximo Planudes. Por tanto, no podemos usar la *Geografía* para resolver cuestiones histórico-geográficas porque la cronología de los materiales es muy incierta. Y es de esperar que los bizantinistas se harán cargo de ello.

<sup>12</sup> CUNTZ (1923) ha realizado el estudio más completo y profundo de la tradición de la *Geografía* (con una edición parcial). En cuanto a los mapas, estaba convencido de que no acompañaban

de incertidumbre que implica cualquier reconstrucción de los mapas de Ptolomeo, y no sólo, ni principalmente, por las dudas que podamos tener acerca de la transmisión textual.

A nuestro juicio, es más importante el hecho de que no sabemos bien el lugar que ocupa el mapa de Ptolomeo en la cultura de su época, ya sea desde el punto de vista intelectual o desde una perspectiva práctica. No conocemos nada de su influencia en la cartografía más común, la que iba de mano en mano; de hecho, no tenemos indicios claros de que existiese en la Antigüedad una cartografía de amplia difusión, llamémosle “útil”. En Ptolomeo tenemos el constructor de una gran ciencia; el creador de un “alfabeto cartográfico” válido para todas las culturas futuras<sup>13</sup>; o, incluso, el representante de un saber complejo y casi inaccesible, un “lujo reservado a unos pocos”, como se ha llegado a decir<sup>14</sup>. Pero todo esto, y más cosas que se podrían añadir, no basta para definir lo que una cartografía como la de Ptolomeo significaría para sus contemporáneos, y qué representaría en la evolución intelectual de la humanidad. Sabemos que su cartografía se contraponía a la geografía descriptiva, de intención declaradamente práctica, como la que representa para nosotros Estrabón, un ignorante de las ciencias matemáticas, y autor –junto a una *Geografía*– de una obra de historia, no de una obra de astronomía o de otras ciencias. Este dato podemos considerarlo el punto de partida para definir una situación cultural en la que la cartografía tenía un papel muy distinto si lo comparamos con nuestro tiempo. Y, a su vez, la base sobre la que reconstruir una “estructura mental” en la que el mapa cartográfico pudiera tener otro aspecto y otro significado, porque eran otras las

a la edición original de la obra, pero negaba que tuviéramos que esperar a los códices medievales para que salieran a la luz. Con razón, le daba poca importancia a la polémica: los mapas no contienen nada que no hallemos en los textos y, en consecuencia, diseñarlos era muy fácil en cualquier momento. Un resumen de este problema en ALMAGIÀ 1914, p. 341 y 1929, pp. 1 ss. Las conclusiones de este autor son que los mapas que nos han llegado constituyen elaboraciones realizadas en el medievo, de manera que no tienen especial valor. Insiste, además, sobre los añadidos modernos en los mapas “ptolemaicos” diseñados en el Renacimiento. NORDENSKIÖLD 1889, pp. 1 ss., sostenía, por el contrario, que los códices nos conducirían al mismísimo Ptolomeo, mientras que TUDEER (1917) defendía su origen antiguo, pero no ptolemaico, al igual que FISCHER (1932), que matizaba que los mapas tenían un origen en una época y un ambiente cercanos al autor. Ver también THOMSON 1948, pp. 345 ss., LEVI – LEVI 1967, pp. 35 ss. y FERRO 1974, p. 97.

<sup>13</sup> Así NORDENSKIÖLD 1889, p. I.

<sup>14</sup> “Ptolemy was the luxury of the selected few” (BEAZLEY 1897-1906, I, p. 377). Sobre su escasa influencia en la cultura romana véase MILLER 1916, pp. XL ss. CUNTZ (1923, pp. 136 ss.) es más optimista sobre la fortuna de Ptolomeo, usado por autores como Papo de Alejandría, Amiano Marcelino o Marciano de Heraclea, aunque hace notar las limitaciones de la obra para su manejo práctico, también en la enseñanza.

percepciones y las visualizaciones del espacio. Esta será la primera cuestión que trataremos: qué fue realmente la cartografía griega y romana; qué significa para la Antigüedad, para su cultura y también para su vida cotidiana, admitiendo que también aquí tuviese algún significado.

Podemos acercarnos a la cartografía antigua únicamente desde el punto de vista de los problemas que plantea un objeto –la superficie de la Tierra– para ser “dominado” (y, por tanto, representado) con los instrumentos de la geometría y la matemática. En este sentido, las cuestiones son siempre las mismas, porque surgen de la realidad tal cual se presenta a la mente humana a lo largo de su evolución. Las tareas fundamentales no varían, y los éxitos o fracasos se pueden medir con el mismo patrón. Pero la cartografía, por el contrario, también se puede observar y analizar de acuerdo con situaciones que cambian según una escala temporal infinitamente más rápida, en relación con el modo de “vivir” el ambiente geográfico, que no sólo varía según cada cultura, sino también para cada uno de nosotros según la edad y las distintas experiencias de la vida.

Este último aspecto no ha sido suficientemente explorado y creemos que es esencial para iluminar lo poco o lo mucho que sabemos hasta ahora sobre la cartografía antigua. Un ejemplo puede esclarecernos mucho mejor el sentido de la línea de indagación que vamos a proponer. Como sabemos, el uso correcto de la perspectiva, la representación gráfica “correcta” del mundo que tenemos frente a nuestros ojos, la consiguió una única cultura artística, y muy tarde. No obstante, y desde la superioridad de miras que nuestra cultura ha adquirido desde la mitad del s. XV, durante mucho tiempo nadie se percató de dejar constancia de los “errores” y las “deformaciones” de la perspectiva utilizada por otras culturas. Historiadores del arte, estudiosos de la psicología de la percepción, etnólogos y filósofos, han dedicado mucho esfuerzo a hacer justicia con este *otro modo* de percibir y de diseñar. Han procurado comprender cómo surgió aquel tipo de representación gráfica y cómo una gran parte de la humanidad se ha podido conformar con otra manera de observar el espacio, cuando su “ausencia” ha sido tan evidente a nuestros ojos<sup>15</sup>.

De manera análoga, es momento –pensamos– de pararnos a pensar si de las “deficiencias” de la cartografía antigua no se pueden extraer las leyes que revelan su razón de ser, el sentido que le dieron quienes la crearon y que la justificaron a

<sup>15</sup> Nuestra perspectiva, descubierta en Italia a mitad del Cuatrocientos, es única en toda la historia del arte mundial, pero no es más “justa” que otras: “It is no better or worse than the 2-dimensional space of the Egyptians or the system of parallels in an oblique cube employed by the Japanese. Each of these solutions is equally complete and perfect, different from the others only in the particular concept of the world it conveys” (ARNHEIM 1965, p. 233). Para las dificultades de los pueblos primitivos de captar nuestra forma de representación ver GOMBRICH 1977, p. 119.

ojos de quienes la utilizaron. En efecto, podemos imaginarnos –siguiendo con el mismo ejemplo– que la mayoría de los que participaron de la cultura antigua no habría entendido fácilmente, o al menos no inmediatamente, nuestras objeciones a su mapa, de la misma manera que el artista extraño a nuestra tradición figurativa no entiende los reparos a su perspectiva “errónea”, que a nosotros nos parecen obvios.

## 2. ¿Qué significa para nosotros “cartografía antigua”?

“Cartografía antigua” es una expresión vaga, que se supone que debería incluir los abundantes resultados de todo un milenio, pero que en realidad se queda prácticamente sin contenido cuando la usamos en su sentido más restringido. Porque, cuando hablamos de “cartografía antigua”, estamos refiriéndonos en realidad a un complejo abanico de datos que, en buena medida, podemos reconstruir o vislumbrar a partir de escasísimos fragmentos o imprecisos testimonios verbales. Son vestigios referidos a la imagen que los antiguos tenían de la forma de la Tierra, que podrían concretarse en un mapa, aunque es cierto que no siempre ocurrió así. En realidad, cuando hablamos de “cartografía antigua” estamos hablando más de una cartografía “potencial”. No sólo en lo que respecta al hecho en sí de dibujar un mapa, sino también al mapa que podrían haber dibujado, dadas las ideas que se tenían acerca de la forma de la Tierra y de los mares, condicionadas a su vez por el contexto mental y material.

Reservaremos para la segunda parte de este trabajo la tentativa de extraer de las características de la cartografía antigua una ley que la explique (o un conjunto de leyes que conducen a un único principio), y, ahora y antes que nada, hagamos un repaso a lo que sabemos sobre su historia material y visible. Hasta qué punto el mapa geográfico estaba presente en la vida de los antiguos; qué se esperaba de aquel; y el puesto que ocupaba entre otras manifestaciones de la vida intelectual y entre los instrumentos de la actividad técnica.

## 3. Testimonios y silencios sobre el uso del mapa

Agatémero hace una brevísima recapitulación de la historia de la cartografía griega<sup>16</sup>. Según él, el primero de todos –¡los griegos sabían siempre a quién

<sup>16</sup> AGATHEM., I, 1-2 (en GGM II, p. 471). La comparación con Estrabón (I 1, 11; C 7) nos lleva a pensar que la información deriva de Eratóstenes. Cf. HEIDEL 1937, p. 132.

atribuir el origen de todo!– que se atrevió (*etólmēse*) a diseñar sobre una tabla un mapa de la tierra habitada fue Anaximandro<sup>17</sup>. La perfecciona Hecateo –¡este personaje no falla nunca!–, que la hace más precisa (*diēkrībōsen*)<sup>18</sup>. Inmediatamente después la cosa se complica: de Helánico se dice que publicó una obra geográfica (*aplástōs*), que alguno ha interpretado “sin el añadido de un mapa”<sup>19</sup>, pero que se puede entender en el sentido contrario, como veremos después. Damastes de Sigeo habría seguido a Hecateo (¿en la cartografía?) y escrito un periplo. En fin, Demócrito, Eudoxo y otros fueron autores de *períodos* y de periplos.

Desde el inicio, falta en la lengua griega un término que defina inequívocamente y de forma precisa el mapa geográfico. *Pínax* indica la materialidad del objeto, aunque es la palabra que nos puede dar mayor seguridad de que se está hablando de un mapa cuando lo encontramos en una fuente<sup>20</sup>; *geographía* posee una multiplicidad de significados; y *períodos* es una expresión muy frecuente, lo que ha generado una larga discusión en muchos casos, puesto que no está nada claro cuando así aparece que se refiera al “mapa” o a la “obra escrita”<sup>21</sup>.

De cómo se hicieron estos mapas, Agatémero dice muy poco, sólo alguna cosa muy general. Los más antiguos eran circulares, con Grecia en medio y Delfos exactamente en el centro, como sabemos bien por otras fuentes. Después se observa que la Tierra era alargada. Y, así, el primero que lo anotó fue Demócrito, para quien la longitud de ésta era una y media más que la latitud. Eudoxo dobló dicha proporción, y Eratóstenes la llevó a más del doble. La imagen general adquiere formas de lo más variadas: Crates pensaba que la Tierra era semicircular e Hiparco trapezoidal; para unos tiene forma de cola (¿?), *ouroeidē*, y para otros –como Posidonio– tenía el aspecto de una honda.

<sup>17</sup> Aunque es una cuestión generalmente aceptada el hecho de que Anaximandro fuese el iniciador de la cartografía griega, WOLKENHAUER (1895, p. 7) le otorgaba este honor a Tales (ver la bibliografía que cita). Lo mismo hizo SCHULTZ (1907, pp. 154 ss.), que señalaba la fuerte influencia babilónica (y añadía incluso una reconstrucción de su mapa!).

<sup>18</sup> Acerca de Hecateo geógrafo ver JACOBY 1912, que defiende de manera convincente la existencia de su mapa, contra algunas dudas sostenida por otros. Estrabón (I 1, 11; C 7) habla de un γράμμα dejado por Hecateo, aunque no es nada explícito acerca de su actividad cartográfica.

<sup>19</sup> “Without a graphic representation” (HEIDEL 1937, p. 132).

<sup>20</sup> Expresiones más concretas y precisas son γεωγραφικός πίναξ (STR., II 5, 13; C 118) y χωρογραφικός πίναξ (STR., II 5, 17; C 120); πινακογραφία está en Estrabón (II 1, 11; C 71). BALADIÉ (1980, p. 19, n. 5) anota que este último término lo hallamos solamente en Estrabón, aunque posiblemente no sería nuevo en su tiempo.

<sup>21</sup> “Der antike Sprachgebrauch ist nicht einheitlich”, anota VON FRITZ (1967, n. 13); sobre el περίοδος o la περιήγησις ver también *ibidem*, p. 50 y PASQUALI 1913, pp. 187 ss. Eliano (VH 3, 28: πινάκιον ἔχον γῆς περίοδον) nos muestra que el término περίοδος se refiere a cosas muy variadas, aunque aquí se refiere claramente a un mapa. Cf. THALAMAS 1921, p. 3.

Son noticias escasas, casuales; no estamos seguros, de hecho, de que todos estos personajes hubieran diseñado y publicado un mapa. El hecho mismo de la ausencia de una terminología concreta abre la puerta a pensar en una diferencia profunda en el modo de ver el asunto: pareciera que para los antiguos el concepto de actividad cartográfica tenía unos límites menos precisos que para nosotros. Es muy posible que hayamos pecado de anacronismo cuando decimos que Agatémero resumió la “historia de la cartografía” hasta su tiempo.

La recopilación de todos los restos de la literatura antigua en los que se habla de manera segura de mapa geográfico ocupa un espacio muy pequeño. Otro grupo de vestigios tal vez nos dé pistas sobre posibles mapas, pero quizá también puedan referirse a itinerarios, a periplos o a imágenes no gráficas. Del examen del conjunto se extrae de inmediato una conclusión: no existe *un solo* testimonio seguro del uso práctico de mapas geográficos; no hay *un solo* autor antiguo que hable del mapa en manos de un comandante militar, de un navegante o de un viajero: únicamente tenemos un famoso texto herodoteo que –como demostraremos– es la excepción que confirma la regla. En todos los sitios en los que sin duda alguna se habla de mapas no implica ni de lejos su uso práctico. Por el contrario, todos los testimonios a este respecto se refieren a itinerarios y periplos, excepto un pequeñísimo número de los que podría suponerse una referencia al uso de un verdadero mapa. Pero, estando así las cosas, defender esta hipótesis sería metodológicamente impropio.

Sería lícita, en cambio, una conclusión *ex silentio*, diríamos que del absoluto silencio de todas las fuentes antiguas, que no hablan jamás de mapas en contextos donde, si hubieran existido, difícilmente hubiera podido ser ignorada tal circunstancia. De hecho, ni César ni Jenofonte son particularmente parcios en particularismos técnicos cuando describen maquinarias de guerra o combatientes pero, en cambio, no dicen ni una palabra de eventuales usos de una cartografía<sup>22</sup>. La marcha de los Diez Mil se realiza recurriendo a informaciones sobre el terreno, de manera muy empírica; aunque, se podría objetar, que se trata de una situación excepcional de hombres perdidos en tierras lejanas y privados de cualquier ayuda adicional, en este caso de naturaleza cartográfica. Sólo en una ocasión encontramos una referencia a dirección de la marcha, cuando se dice que los griegos partieron con el sol a la espalda<sup>23</sup>. Pero, precisamente, esta

<sup>22</sup> GIROD (1974, pp. 494 ss.) hace notar el silencio de César sobre cualquier servicio cartográfico en su ejército. Es interesante ver una serie de expresiones que casan mal con la existencia de fuentes cartográficas, y cuadran mejor con la utilización de informaciones orales, verbales o escritas: *ut existimatur; complures [...] minores [...] insulae existimantur; hos nihil de eo percontationibus reperiebamus; ut fert illorum opinio*.

<sup>23</sup> X., An. 2, 13.

unidimensionalidad en la expresión del espacio es una señal muy clara de una mentalidad muy alejada de aquella que se puede deducir del uso del mapa. Se trata de una percepción, a nuestro juicio, meramente intuitiva.

Continuando con Jenofonte, hay un momento muy significativo en relación con este tema. Los griegos han llegado al tan deseado mar sobre la costa septentrional de Anatolia, pero entre ellos cunde el descontento, ya que hay quienes sospechan que quieren conducirlos a la Cólquide y no a su patria. Jenofonte reduce el ritmo de la marcha y para disipar las dudas explica que Grecia está en el lado donde el sol se esconde y la Cólquide donde sale. Añade también que con el Bóreas se va fácilmente por mar hacia Grecia, mientras que con el Notos se navega en la dirección opuesta<sup>24</sup>. El lector que esté algo familiarizado con las formas de expresión del historiador antiguo ya habrá advertido cuán poco tiene esto de “cartográfico” y cuán lejos está de lo que nosotros entendemos como tal. El paso en cuestión constituye un testimonio muy destacado sobre la insuficiencia del conocimiento geográfico difundido entre los griegos en los comienzos del siglo de Alejandro y de Aristóteles<sup>25</sup>. Pero, sobre todo, es un indicio muy claro sobre las maneras en las que era organizado dicho conocimiento, muy diferente a lo que nosotros consideraríamos normal y natural.

Polibio tiene un célebre *excursus* geográfico, cuya primera parte está dedicada a establecer una serie de consideraciones generales sobre la utilidad y la necesidad de la geografía para entender el curso de los acontecimientos históricos (en su caso, de la guerra anibálica). Para ello, advierte Polibio, no basta con detallar un elenco de topónimos con los que el lector no puede relacionar una imagen precisa de los lugares y de su respectiva posición. En cambio, es necesario “repartir y ordenar” (*táxis* y *diáiresis*) el espacio geográfico entre los cuatro puntos cardinales. El lector-historiador puede superar el reto que implica ubicar cada uno de ellos en su sitio, simplemente relacionando cada lugar nuevo y desconocido con uno que conoce bien<sup>26</sup>. De este modo se orientará y

<sup>24</sup> X., *An.* 5, 7, 5-9.

<sup>25</sup> Da que pensar el hecho de que en tiempos del Imperio romano lo que se sabía sobre la geografía del Mar Negro no había avanzado mucho. Arriano escribió un *Periplo del Ponto Euxino*, que dedicó a Trajano, y sobre el que acertadamente se ha escrito que “un relato similar, dirigido al Emperador por un gobernador de la provincia, habría sido totalmente inútil e innecesario si efectivamente los romanos hubieran poseído cualquier texto geográfico o carta fiable de las costas del Mar Negro” (BUNBURY 1883, II, p. 511). Otra grave confusión geográfica en la *Anábasis* de Jenofonte es señalada por TARN 1953, p. 13. Ver también CARY – WARMINGTON 1929, p. 140, cf. 7.

<sup>26</sup> PLB., III 36-38.

no perderá el hilo. Dicho esto, Polibio pasa a describir la Tierra de manera sumaria: no dice ni una sola palabra del uso de mapas geográficos; ni lo más mínimo. Si tenemos en cuenta la importancia del autor, y sus múltiples intereses intelectuales, políticos y militares, debemos concluir que su silencio en esta página crucial es, al menos, significativo, y debería bastarnos para hacernos reflexionar y no dejarnos llevar por la fantasía.

Es también interesante otro *excursus* dedicado precisamente al conocimiento técnico que precisa un comandante militar<sup>27</sup>. Se habla de la duración del día y de la noche según las estaciones y cómo debe ajustarse la marcha, etc... los problemas propios de un mundo sin relojes portátiles. También de la geometría que hay que saber para diseñar la planta de un campamento. Obviamente, el comandante debe conocer “las rutas y los lugares adonde quiere ir”, así como “la naturaleza de los lugares”<sup>28</sup>. Polibio no dice nada de si para todo ello el general se sirve de un mapa<sup>29</sup>.

La verdadera imagen de cómo actuaba un comandante militar antiguo la encontramos en Tucídides<sup>30</sup>: Brásidas acampa frente a Anfípolis sobre una colina de fácil defensa, y observa las marismas formadas por el Estrimón y “la posición de la ciudad por la parte que mira a Tracia”; es decir, vista panorámica, no

<sup>27</sup> PLB., IX 12-20.

<sup>28</sup> PLB., IX 14, 2.

<sup>29</sup> En otro pasaje (XVI 16-17) Polibio la emprende contra Zenón porque ha descrito de una manera geográficamente imposible los desplazamientos del tirano Nabis de Esparta durante su campaña. Toda esta digresión se podría haber evitado simplemente con el manejo de un mapa, o, al menos, sería más fácil con su ayuda, pero Polibio no hace la menor referencia. Es muy interesante confrontarlo con el pasaje de Aristóteles (*Met.* 1, 13, 14) que nos aporta un testimonio claro del uso del mapa cuando, observándolo, afirma que los ríos más grandes proceden de las montañas más grandes: pero, en este caso, el mapa se usa en el marco de una discusión científica, no de una campaña militar. También la τῶν τόπων ὑπογραφή que Polibio (en V 21, 7) afirma que es indispensable para el general que quiera saber de estrategia, se refiere a una descripción verbal, no a un mapa. Toda la terminología que usa el historiador en el paso relativo a la topografía de Esparta en la campaña militar de Filipo V no deja lugar a dudas. Véase KUBITSCHER 1919, col. 2041.

<sup>30</sup> V 7, 4. Filopemén (PLU., *Phil.* 4, 9) conocía algún tipo de mapa topográfico (τὰς τῶν πινάκων διαγραφάς) pero no se servía de él y prefería reconocer personalmente el terreno. Este testimonio implica, no obstante, una doble lectura: si Plutarco anota expresamente que Filopemén despreciaba el mapa, eso puede implicar que otros sí lo usaban. Está el hecho –extraño sin lugar a duda– de que un *buen* comandante, como el Filopemén idealizado por Plutarco, no quisiera saber nada de mapas. El lenguaje de este paso plutarqueo es característico, con el diminutivo despreciativo πινάκων y la drástica expresión ἐὼν χαίρειν (“mandar a la porra”). No estamos defendiendo de manera taxativa que nadie usara mapas con fines militares, sino que su uso no fue aceptado realmente y de manera generalizada.

cartográfica. Y no está de más recordar que en los ocho libros de su *Historia* jamás aparece la palabra “mapa”.

En suma, el *corpus* conservado de autores que nos hablan de viajes, de navegaciones y de guerras es tan amplio, y la ausencia de cualquier mención segura del uso práctico de mapas es tan absoluta, que es imposible que nada de esto pese en la balanza, unido esto además a otros factores y posibles consideraciones.

Existe únicamente un pequeño número aparente de excepciones, sobre las que muchas veces se han basado aquellos que han querido atribuirle de manera harto generosa a los antiguos una cartografía sustancialmente similar a la nuestra y comparable, también, en su uso práctico. El caso más célebre puede leerse en Heródoto. Nos habla del viaje a Esparta de Aristágoras equipado con un *πίναξ*, y sus conversaciones con el rey Cleómenes sobre una posible campaña militar contra el persa, proyectada e ilustrada sobre un mapa<sup>31</sup>. A primera vista parece la reunión de un estado mayor moderno, pero según vamos viendo con detalle el valor del testimonio puede darse la vuelta: el tono de Heródoto en todo el pasaje es el de querer intrigar al lector, incluso producirle hilaridad, con un hecho inusual y singular. Era excepcional, para Heródoto y para su tiempo, que se pretendiese preparar una expedición militar a partir de un mapa geográfico, es decir, que se mezclase una cuestión científica con otra de naturaleza seria y grave, militar. No por casualidad el encuentro de Aristágoras con Cleómenes será un fracaso: no consigue disuadir al espartano<sup>32</sup>.

Como testimonio de una actividad cartográfico-militar también se invoca otro pasaje de Heródoto, donde nos cuenta cómo una expedición guiada por Democedes de Crotona fue enviada por Darío para explorar las costas de Grecia<sup>33</sup>. La expedición, dice Heródoto, “observó y registró” (*ethēēunto kai apegráphonto*), y la ambigüedad del verbo *gráphō* ha llevado a alguno a imaginarse a aquél como un espía moderno, intentando trazar bocetos cartográficos<sup>34</sup>. Pero,

<sup>31</sup> HDT., V 49 ss. En significativo que en la siguiente misión diplomática de Aristágoras a Atenas no se habla del mapa (en V 97). Según MARASCO (1978, p. 52): “Esto demuestra que ya la ciencia cartográfica ha salido del ámbito puramente especulativo, para asumir funciones prácticas al servicio de viajeros normales”. También BALADIÉ (1980, p. 343) ve en este episodio la prueba de la función práctica del mapa a fines del siglo VI a.C., ya sea usado por militares o por políticos.

<sup>32</sup> La respuesta de Cleómenes es muy elocuente: “Extranjero milesio, sal de Esparta antes de que el sol se ponga, pues el plan que propones es de todo punto inadmisibile para los lacedemonios, ya que pretendes llevarlos a tres meses de camino del mar” (HDT., V 50, 3; trad. C. Schraeder: Gredos). *N. del T.*

<sup>33</sup> HDT., III 136.

<sup>34</sup> Así, por ejemplo, KÖSTER 1923, p. 188. Un poco más adelante (p. 191) este autor atribuye a los griegos la capacidad de señalar un lugar con las estrellas.